

un justísimo conocimiento propio, dá Benito à Dios toda la gloria, sin reservar para sí mas que la humildad. Aprended, hermanas mías, de estos exemplos domesticos, à enlazar la pobreza con la abundancia; à no tener nada, poseyendolo todo; à cenar lo superfluo, sin reservar mas que lo necesario. Aprended del Padre San Benito à unir la soledad con la sociedad; à no perder jamás la presencia de Dios, quando tratais con las criaturas; y à no salir jamás de vuestro desierto, quando os viereis obligadas à tratar con el mundo. Aprended, en fin, à hermanar de tal modo la humildad con la grandeza, que sean inseparables en vuestra persona, como lo fueron en la de vuestro Padre, y que las alabanzas del mundo no os fascinen. Abismaos en el conocimiento de vuestra nada, y de vuestros defectos, para que no os acometa la vanidad. No despreciéis las gracias que habeis recibido; pero tampoco olvidéis al Señor que os las ha dado. Guardaos de que la grandeza os haga perder la humildad; y acordaos, que en el Estado del Hijo de Dios, es esta virtud la que nos conduce à la gloria. Amen.

Esto es lo que se llama à tener los Santos, que  
 muy particular en sus escritos. Nunca se  
 una gloria en humildad. Nunca se  
 acausa, tanto mayor cuanto es el poder. Y  
 con esta virtud, se hizo el Señor de los  
 se consiguieron las victorias. Los Santos se  
 Reyes los visitan, los Santos se curan, los Santos  
 res lo consuelan, y todos desean ser discípulos de es-  
 to gran Maestro. Mas todas estas glorias no sirven  
 à punto de nada. El se acuerda de sus miserias,  
 quando le dan alabanzas. Confesó que no era mas que  
 un pecador, quando le vieron por un Ángel. Y por

S E R M O N  
 DE S. FRANCISCO DE PAULA.

*Qui se humiliat exaltabitur.* Lucæ cap. 14.

V. I.

Aunque no ignoro, que los Predicadores Evan-  
 gelicos, para aplaudir à los Santos, forman sus  
 Panegyricos de las acciones mas ilustres de su vida;  
 que examinan con mucha solicitud, y ensalzan con  
 la pompa posible el merito de sus virtudes, y el nu-  
 mero de sus milagros; con todo eso, yo he resuelto  
 en este dia seguir el metodo contrario; y consultan-  
 do mas à mis cortas facultades, que à la gloria de  
 San Francisco de Paula, he resuelto hacer traicion  
 (digamoslo así) à sus mas ilustres virtudes, por no  
 hablar de otra, que de su humildad, que aunque  
 obscura, al parecer, no dexa componer la mayor  
 parte de su gloria, segun las palabras de mi texto:  
*Qui se humiliat exaltabitur.* Y así, no esperéis, Se-  
 ñores, que os hable de aquella ardiente caridad, que  
 abrasaba su alma, y que repartiendose fuera de sí,  
 convertia en amantes à todos los pecadores, y à to-  
 dos los demás hombres en Serafines. No esperéis, que  
 os hable de aquella fé maravillosa, que como la de  
 un Moysés, y de un Taumaturgo, dividia los mares,  
 calmaba las borrascas, y trasportaba los montes.  
 No esperéis, que discurra sobre aquella austeridad,  
 que pone espanto à los que la consideran; y que re-

duciendo à nuestro Santo , à mantenerse unicamente con legumbres, trocó su vida en un largo y rigoroso martyrio. No esperéis, en fin, que trate de aquel espíritu profético, con que registraba las intenciones de los hombres en sus mismas voluntades. Sino contentaos con que acomodando sus elogios à mis cortas luces, os hable de su generosa humildad; haciendos confesar, que si fue Francisco el mas humilde hijo de la Iglesia, fue en ella tambien el mas honrado. Pero respecto de que debe su grandeza à una virtud, à quien Maria debe tambien todas las suyas, supliquemosla nos alcance luces para descubrir toda la perfeccion de esta virtud, diciendola con el Angel:

A V E M A R I A.

Es una maxima extraña, pero verdadera, que el orgullo busca gloria, y no la puede encontrar; y que la humildad huye de ella, y no la puede evitar. Todos los sobervios quieren ser ensalzados; no se desvelan, sino para engrandecerse; y en todas las penas que se toman, no se proponen otro fin, ni otra recompensa que la gloria vana. El Angel la buscó en su rebelión; y formó partido en el Estado de Dios; con el unico fin de ser adorado. El hombre en su desobediencia tuvo el mismo designio; y unicamente quebrantó el precepto de su Soberano, por hallar su grandeza en su delito. Mas los Santos que están poseídos de la humildad, huyen de la gloria, y buscan el abatimiento; descubren sus defectos, y ocultan sus virtudes para humillarse. No tienen al parecer sobre la tierra otro desvelo, que el de buscar el propio menosprecio; y teniendo presente à todas horas el exemplo de aquel Señor, que prefirió, por su

salvacion, la ignominia de la Cruz à los honores y à la gloria: *Sustinuit crucem confusione contempta*, no piensan en otra cosa, que en mostrarse reconocidos à su bondad, prefiriendo, por su servicio, la confusion à los honores.

Sin embargo unos y otros ven justamente frustradas sus esperanzas, y diligencias. Los orgullosos, porque son despreciados; y no buscando estos ciegos sino gloria y honor, hallan en castigo de su soberbia la confusion y la verguenza. Y los humildes, que, por el contrario, no respiran sino abatimientos; no esperan sino desprecios, reciben los mayores honores; verificandose siempre que la gloria es recompensa de la virtud. Por eso San Gregorio Niseno, describiendo el orgullo, y la humildad, llama al primero un descenso, y à la segunda una elevacion: *Superbia, dice, est descensus ad inferiora, humilitas vero ascensus ad superiora*. Y de hecho, siempre son humillados los orgullosos; porque Dios los abate quando ellos se ensalzan: *Dejecisti eos dum alleventur*; (a) permitiendo su justicia, que aquellos mismos medios que habian escogido para engrandecerse, contribuyan igualmente à su verguenza y confusion. Por el contrario, los humildes siempre son ensalzados; y aquel cuidado que emplean en abatirse delante de los hombres, sirve para que los honre Dios; pues no dexando su justicia virtud alguna sin recompensa, les hace encontrar la gloria, donde juzgaban ellos hallar el menosprecio: *Qui se humiliat exaltabitur*.

## PUNTO PRIMERO.

Pero jamás fue mas verdadera esta maxima, que en la persona de San Francisco de Paula; porque como era tan extremadamente humilde, buscaba en todo la humillacion; y como el orgullo es el mayor de los pecados, el mayor enemigo, que al parecer tenia Francisco, era la vanagloria que desea y solicita el orgulloso. Mas la humildad le era tan agradable, que no emprehendia cosa alguna, sin la asistencia de esta fiel compañera. Deseaba que todos sus designios llevasen consigo el color de la humildad, y asi nada executaba, sin el consejo de esta amable virtud. Y así, la humildad fue quien le persuadió el retiro à la Calabria, ocultandose de los ojos del mundo, para no tener otro testigo de sus acciones, que aquel que habia de ser la recompensa de ellas. Creyó con mucha razon, que la gloria que se juzga ser el trono de la virtud, era su sepulcro; y por consiguiente, que aquella que dá la vida à las acciones heroicas, les dá tambien frecuentemente la muerte. Por cuyo motivo, miraba las alabanzas como à enemigos de la humildad; y se retiró al desierto, para evitar estas sirenas, que solamente nos lisonjean para perdernos. Y de hecho, sean de qualquiera naturaleza las alabanzas, siempre son peligrosas. Si son falsas; nos fascinan, e impidiendo el conocernos, nos empeñan en el error. Si son verdaderas, nos hinchán y llenan de vanidad. Por eso nuestro gran Santo buscó el desierto con mucha prudencia, para que siendo desconocidas sus virtudes, no tuviesen que temer el peligro de la vanagloria.

Pero la caridad le obligó à salir de aquel lugar,  
don-

donde la humildad le habia introducido. Fue, digo, precisado à volver al mundo, para salvar al mundo; edificando à Dios un Templo para conservar la piedad de los fieles. Mas no se olvidó de su humildad en este proyecto de la caridad; pues creyó firmemente que con ser Dios tan grande, mas se complacere en la modestia, que en la magnificencia de sus Templos. No hay duda que el orgullo, y vanidad se introduce en todas las cosas; y este pecado sutil, es mas peligroso en las buenas obras, que en las malas. Sé muy bien, que hay delitos, de que hacen los hombres vanidad, por tener alguna apariencia honrosa. Sé, por exemplo, que se glorían de la venganza, por la ventaja que les dá sobre su enemigo; de la injusta profusion, porque lleva los colores de la liberalidad; y aun el luxo no les desagrada, porque imita à la magnificencia. Pero nunca es mas temible, que quando se mezcla con la piedad; y tributando algun honor à Dios baxo su sombra, satisface à su inclinacion.

Y así, es orgullosa quando consigue gravar su nombre sobre el frontispicio de una Iglesia, haciendo de su devocion una esclava de su vanidad. Es insolente, quando para autorizar su luxo, le extiende hasta los Altares; y despues de haber empleado el bronce, y los marmoles en sus palacios, lo emplea tambien en los Templos de Jesu-Christo; persuadiendose, que por medio de este ingenioso artificio, hace que la Religion sea complice de su insolencia; y que no se atreveria Dios à castigar unos excesos, que le están consagrados en las Iglesias. Mas nuestro Santo, mejor instruido en las máximas del Christianismo, hermanó la piedad con la modestia. Edificó un Templo, que nada tenia de sobervio, ni de magnifico; que no

respiraba sino humildad, y que semejante á las primitivas Iglesias de los Christianos, mas ayre tenia de un sepulcro ú de una prision, que de un palacio. Los ornamentos no eran mas orgullosos que la fabrica. Todo era sencillo, y todo representaba la sencillez de aquellos siglos felices, en que siendo los Calices de barro, tenian los Ministros el resplandor y belleza de los diamantes; y siendo de adobes los Templos, tenian los fieles la pureza y estimacion del oro.

Mas nunca resplandeció tanto su humildad, como en la fundacion de su Orden; determinandose, por el impulso del Espiritu Santo, que le estimulaba á echar los fundamentos de este ilustre edificio, que tan fielmente representa la piedad de su Autor. Son las Ordenes, sin duda, las imagenes de la Iglesia; y y los fundadores de ellas, las figuras del Hijo de Dios; pues así como Jesu-Christo no ha hecho cosa mas grande que su Iglesia; así los Santos no han hecho cosas mas ilustres que sus Ordenes. Estas son las principales obras de sus manos, las expresiones de sus virtudes, y los caracteres de su espíritu. Tuvieron asimismo en orden á ellas las mismas disposiciones que tuvo Jesu-Christo con su Iglesia; porque así como su Magestad murió por ella, así tambien estos grandes hombres consumieron su vida en el establecimiento y gobierno de sus Ordenes. Y aunque la casualidad las haya muchas veces dado el título, no hay duda, de que algunas veces los mismos Santos las han puesto el nombre, intentando que la misma advocacion representase á sus hijos las obligaciones, que habian abrazado. El Profeta Isaías intituló á la suya Monte Carmelo ( donde habia tenido su nacimiento ); á fin de que sus discipulos aprendiesen de

este nombre á ser Heremitas, sin poder, ni deber tener comunicacion con el mundo. Santo Domingo intituló á la suya Orden de Predicadores, para representar á sus hijos, que la predicacion evangelica debia ser su principal exercicio; y que la ciencia, y virtud que adquiriesen, debia emplearse en conquistar vasallos al Hijo de Dios. San Ignacio dió el nombre de Jesus á sus hijos, para enseñarles, que debian ser unas vivas copias de su Magestad, representandole en todas sus acciones; así como le expresaban en el nombre. Mas quando nuestro Santo quiso bautizar á su Orden, consultó á su humildad, tomando consejo de esta amada confidente de todos sus designios. Y como siempre la habia explicado en todas sus cosas, deseó que tambien en esta hiciese su papel; pues debiendo ser esta obra un eterno monumento de su espíritu, fuese tambien una eterna prueba de su humildad. Por cuyo motivo, eligió el mas humilde de todos los nombres, para imponerselo á su Orden. Y acordandose de que el Hijo de Dios habia intitulado á su Iglesia pequeño rebano, *pusillus grex*, y á los fieles que la componen pequeñisimos, ó los mas pequeños, *quod uni ex minimis meis fecistis*; juzgó, que para imitarle, debia llamar á sus hijos Mínimos. De hecho les impuso este humilde, pero glorioso nombre, que los distingue de todos los demás Religiosos, enseñandoles al mismo tiempo, que la virtud mas amada de su Padre fue la humildad. Y así, que lleven enhorabuena otras Ordenes las insignias de la soledad, ú de la penitencia de sus Fundadores; la vuestra ha de llevar eternamente el caracter de la humildad de vuestro dichoso Patriarca; y siempre que os acordéis de que os bautizó con el

nombre de Mínimos, facilmente os persuadireis, de que os dexó por herencia esta virtud; y que espera vuestro Padre, que haga ella vuestra gloria en la Iglesia; así como hace entre las demás Ordenes vuestra diferencia.

Pero baste de consideraciones sobre la humildad de Francisco; contemplemos ahora su exaltacion; y para verificar las palabras de mi texto, *qui se humiliat exaltabitur*, os haré ver, que así como fue sobre la tierra el mas humilde de los Santos, así tambien fue el mas glorioso.

## PRIMER PUNTO DE LA SEGUNDA PARTE.

Si la gloria es inseparable del mando ú de la autoridad; si el que participa mas del poder de un Príncipe es el mas honrado en su Reyno; San Francisco de Paula fue, sin duda, uno de los Santos, á quienes el Hijo de Dios honró mas en su Iglesia; pues fue del numero de aquellos á quienes dió mayor autoridad, y poder, haciéndole absoluto sobre las pasiones, sobre los elementos, sobre los Reyes, y sobre las enfermedades. Y así mirad; aunque las pasiones son esclavas de la razon, no por eso dexan de perder el respeto que deben á su soberana. La carne, que siempre está opuesta al espíritu, las atrae á su partido; y es tan general en todos los hombres esta rebelion, que apenas hay uno esento de ella. Rara vez es la razon señora de las pasiones; y por consiguiente, rara vez las pasiones se sujetan á la razon. Apenas hallareis hombre, que no obedezca ó á la codicia, ó á la ambicion; y si hay alguno que se liberte ó del amor, ó del odio, todos absolutamente ceden al temor; *Alius*

*ibi dicitur servit, alius avaritiæ, alius ambitioni, omnes timori.* (a) Y así, aunque el hombre nació para mandar, obedece á sus esclavas; y vé oprimida su miserable libertad, por la insolente rebelion de sus pasiones. Es verdad, que los hombres justos la recobran con el socorro de la gracia; y pues sujetando su espíritu á Dios, sujetan todos sus sentidos corporales al espíritu. Su obediencia les consigue esta autoridad. Mandan, porque obedecen; y tributando á su Soberano la sumision que le es debida, reciben de sus vasallos el respeto que de ellos esperan: *Vir obediens loquitur victorias.* Pues ahora:

Como San Francisco de Paula estuvo siempre en sumo grado sometido á Dios; halló, por consiguiente, una perfecta sumision en su cuerpo, en sus sentidos, y en todas sus pasiones: porque domada su carne con ayunos, macerada con vigiliass, y perfectamente sujeta por aquella virginidad, que inviolablemente conservó, no se le resistia, ni le exercitaba, sino, que como si obra-se de inteligencia con el espíritu en el servicio de Dios, podía decir con David: *mi carne y mi corazon se alegraron en Dios vivo: Cor meum & caro mea exultaverunt in Deum vivum.* (b) Los sentidos, que son los principales ministros de la carne, le eran tan fieles, que ya no perturbaban su reposo. Estos mensajeros, pues, que no nos traen, sino nuevas inútiles y peligrosas; no le hacian á Francisco más que relaciones inocentes; y si le informaban de algunas cosas que pasan en el mundo, eran de aquellas, que podian contribuir á la gloria de su Dios, ó á la salud de su proximo. Si abria  
los

(a) Seneca. Epist. 47. (b) Psalm. 83, v. 3.

los ojos , era para ver la hermosura del Criador en la de las criaturas. Si su lengua articulaba palabras, era para establecer el imperio de la gracia , ó destruir el del pecado. Si sus orejas escuchaban lo que se les decía , tenían la destreza de separar los buenos discursos de los malos , y solamente informaban á Francisco de aquellos que le podian edificar. Su boca , no menos consagrada á la abstinencia , que á la verdad, solamente buscaba en la comida y bebida lo necesario para subsistir : y de tal modo sabia discernir lo necesario de la superfluo , que aquellos que no eran tan inteligentes como él en este punto , creían que su ayuno era un milagro perpetuo ; y que se podia decir de él lo que dice la Escritura del Bautista : *Veni naque manducans neque bibens.* (a)

Pero sus pasiones, como mas unidas al alma que los sentidos , le estaban todavia mas sumisas , y mas fieles. Y asi , este gran Santo no tenia otros pensamientos, ni otras esperanzas que por el Cielo. Si padecia alguna angustia, era de que Jesu-Christo fuese ofendido en el mundo. Si algun gozo , era de que el Reyno del Hijo de Dios se estendia sobre la tierra ; y de que los hombres obedeciesen sus preceptos , se hacian vasallos y amantes de su Magestad. Si en medio de aquella dulzura , que siempre se dexaba ver en su semblante , le asaltaba algun movimiento de colera, era la causa , porque entonces los pecadores , olvidando la reverencia debida á la Suprema Magestad, y siguiendo los impulsos del Demonio , violaban las leyes de su Soberano. En fin , todas sus pasiones se habian trocado en virtudes ; y la gracia habia obra-

(a) Match. 11. v. 18.

do en su persona con tal eficacia , que ya no era su temor otra cosa , que una prudencia ilustradísima, que presentia muy de antemano los males para evitarlos. Su colera , un inflamado zelo , que buscaba la muerte del pecado , y la vida del pecador. Su tristeza , un dolor violento, por los ultrages que se hacian á Jesu-Christo. Su alegría un tranquilo reposo en la posesión del soberano bien , que sin cesar amaba. Por manera , que los movimientos , que á nosotros suelen hacernos delinquentes , á él le constituian agradable á Dios , haciendo ver en su persona una perfecta imagen del estado de la inocencia. Y así , si quereis vosotros , Señores , arribar á este imperio , y reynar sobre vuestras pasiones , abatios delante de Dios con San Francisco de Paula ; echad , como él, sólidos fundamentos de humildad al edificio de las virtudes ; y tened siempre presentes las palabras de mi tema , esto es , que en el estado de Jesu Christo, es necesario abatirse para engrandecerse , *qui se humiliat , exaltabitur.* Y para confirmaros mas , oid ahora otra nueva prueba de esta verdad , que nos subministra nuestro Santo ; y consiste en el imperio, que por su humildad consiguió sobre los elementos.

#### PUNTO SEGUNDO.

Bien sé yo , que el hombre inocente era el Soberano del Universo ; y que la justicia original , que imprimia en su alma una imagen de Dios, habia tambien gravado en ella su autoridad. Por cuyo motivo los animales le respetaban ; y por un instinto , anexo á su naturaleza , conocian que Dios habia establecido al hombre por su Rey : *Dominamini piscibus maris , volatilibus celi , & animantibus terræ.* Y asi , por grande que fuese la fiereza de estas

tas criaturas, obedecian prontamente á las ordenes del hombre, y sus deseos eran la regla de su inclinacion. Y así como en la naturaleza, la voluntad de Dios es la regla de todas las cosas, haciendo estas lo que su Magestad manda, y no lo que ellas desean, ó á lo que están naturalmente inclinadas: *Tanti quippe conditoris voluntas, cujuscumque rei natura est.* (a) Así del hombre, como imagen de Dios, se puede decir, que era el soberano de los animales, y que estos fieles vasallos seguian antes la voluntad del hombre, que sus naturales y necesarios movimientos. Mas este poder absoluto, que exercia sobre los animales, no lo tenia sobre los elementos. Y así, sin un milagro, que por sus merecimientos se dignase hacer la Divina Omnipotencia, no podia el hombre, ni alterar sus propiedades, ni invertir sus inclinaciones. Bien creo yo que la tierra, que prevenia los deseos del hombre con su fecundidad, no llevaria, ó no produciria venenos, ni alimentaria monstruos. Pero sin embargo del respeto que pudiese tener á este Monarca, jamás salió de sus quicios para obedecerle; tampoco él le puso jamás este precepto. El mar asimismo, reverenciando su inocencia, ni salió de su lecho para anegarle, ni levantó tempestades para perderle. Pero no sé que se consolidase baxo de los pies de aquel primer hombre, ni que hubiese tomado á su cargo el favorecer sus embarcaciones, para asegurarle el paso ó la navegacion. El fuego, por el consiguiente, no se mezcló con los rayos para aturdirle, ó para castigarle; ni jamás acometió con su actividad, este elemento al que llevaba en su semblante el caracter de

(a) Aug. lib. de Civit. Dei, cap. 12. 173. 109. 122. Y. 23. 124.

la Divinidad. Pero no sé, que hubiese templado su calor, para no incomodar el cuerpo de su inocente Soberano, como lo hizo en favor de aquellos tres niños, que fueron arrojados en el horno de Babylonia.

Pero sé muy bien, que la gracia christiana, ó que hemos conseguido por Jesu-Christo, como superior, y mas poderosa que la justicia original, ha conferido á muchos Santos un absoluto poder sobre los elementos. Y así, la tierra se estremece con su palabra; y este gran cuerpo que es el cimiento de los demás, y el centro del Universo, conmueve á todas sus partes, para executar sus mandamientos. El mar, á quien la inconstancia hace menos docil que la tierra, y que no reconoce en su furor sino las ordenes de aquel que le tiene aprisionado en sus cadenas, no dexa de reverenciar el poder de algunos Santos, sosegando sus olas para obedecer á sus preceptos. El fuego, que indiferentemente abraza quanto se le pone delante, y que no perdona mas al Cedro, que al Espino, los respeta; y como si estuviera dotado de razon, consume los yerros con que están aprisionados, dexando ilesos sus vestidos. Pero sin hablar tan generalmente de lo que sucede con los grandes Santos, verifiquemos todos estos prodigios en la persona de San Francisco de Paula, haciendoos ver, que no hubo elemento, que no reverenciase su inocencia, y respetase su humildad.

El camino sobre carbones encendidos sin quemarse, tocando el fuego, que no permite se le acerque cosa alguna impunemente. Y para prueba irrefragable de su poder, y de su pureza, se entró en un horno encendido, se mantuvo allí, se paseó por él, y salió sin la menor lesion, ni aun de sus vestidos. La tierra no le respetó menos que el fuego; pues pro-

dixo una fuente de agua para obedecerle; y reverenciando en su persona al mismo que reverenció en la de Moyses, hizo, por segunda vez, salir un río por las venas de un peñasco. Desvanecía asimismo las tempestades con un movimiento de cabeza; con una elevacion de ojos, ó con una señal de sus manos; y este metóro, que compuesto de ayre, y de fuego, subministra armas á Dios, para vengarse de sus enemigos, perdía, al parecer, toda su fuerza con la presencia de nuestro Santo. El ayre recobraba su pureza, quando lo ordenaba Francisco; y el contagio que le habia inficionado, no pudiendo sufrir las reprensiones ó amenazas de este humilde Soberano, se dissipaba para obedecerle.

Pero si el mar, que á nadie respeta, y que juzga no depender de otro, que de aquel que le ha señalado límites, estuvo á Francisco tan sumiso, que parecia haber olvidado su inconstancia y su furor, ¿qué mas puede decirse? Pues de hecho; vióse obligado nuestro Santo á pasar desde la Italia á la Sicilia. Los marineros le negaron su socorro en esta necesidad. ¿Y qué hizo? Extendió su manto sobre las aguas; arrojose encima de él con su compañero; y pasaron el espacio que habia sobre este fragil navio. El mar respetó á este pasajero; y mientras le portó sobre sus hombros, se conservó placido y tranquilo contra lo que acostumbra; porque como está encerrado en aquel estrecho, está continuamente haciendo esfuerzos para ponerse en libertad. Y así, levanta tempestades para vengarse de la naturaleza, y defenderse contra las costas que le tienen prisionero. En aquella parte, es donde están los dos escollos, que tanto celebró la antigüedad; allí es, digo, donde Scyla, y Caribdis se tragan las naves, y donde es-

los dos monstruos tan decantados de los Poetas cubren de cada xeres las ríveras.

Sin embargo, este es el lugar donde se embarcó nuestro Piloto; donde mandó al mar que le postease, á los vientos que le conduxesen, á las tempestades que le respetasen, y á toda la naturaleza que se llenase de admiracion. Dícese, que el primero de los Cesares, siendo acometido de una recia tempestad; tranquilizó al Piloto que le conducia, diciendole: que no temiese, pues llevaba en su Navio al Cesar con su fortuna: *Midas per rumpit procellas tutela secure met.* Pero ciertamente, Señores, pudo San Francisco decir con toda seguridad lo que el orgulloso Cesar dixo sin fundamento. Y así, sin ofender al Cielo, pudo asegurar á su compañero para que no temiese, respecto de ir asistido de un hombre, á quien el mar no se atrevia; porque estando sumiso á la voluntad de Dios, tenia Francisco facultad para mandar á un mismo tiempo á todos los elementos. Y esto, que en beneficio propio hizo en otras ocasiones este gran Santo, puede hacerlo al presente en favor vuestro. Sí. Su poder no se ha disminuido por haber ido á la gloria; á lo que se añade, que reynando, como reyna, con Jesu-Christo, no hay sitio en su estado, donde no pueda asistir á los que le invocan. Y así, si la tierra se estremece bajo de vuestros pies, si el rayo amenaza á vuestras cabezas, si los vientos y las aguas se conspiran para perderos, dirigid vuestros ruegos á este gran Santo, que por su humildad consiguió el imperio del mundo; siendo el mas poderoso de todos los Santos, por haber sido entre ellos el mas humilde. Pero pasémos desde el mar á la tierra, y veamos el poder que tuvo sobre las enfermedades.

107



## PUNTO TERCERO.

Si no fuera Dios tan absoluto sobre el pecado, como sobre la nada, no podríamos percibir, que su poder se estendiese á las enfermedades; pues no solamente son estas hijas del pecado, sino que están vestidas de todas las qualidades de su padre. Son, á la verdad, unos desordenes de la naturaleza; unos excesos de nuestro temperamento; unas flaquezas que triunfan de nuestro valor; y unas nadas animadas, que destruyen nuestro cuerpo, y abaten nuestro espíritu. Pues ahora; como nunca parece Dios tan poderoso, como quando triunfa del pecado, sacando de este rebelde de su imperio algun bien, que ceda en gloria suya; asi tambien se puede decir, que nunca resplandece tanto su autoridad, como quando manda á las enfermedades, y sujeta á su voluntad las hijas de su enemigo. Y por causa de esto, siempre admiré la fé del Centurion, que para alcanzar la salud de su criado, comparó el poder que Jesu-Christo tenia sobre las enfermedades, y la obediencia que estas le rendian, al poder que él tenia sobre sus soldados, y á la obediencia de estos. Aunque no soy yo, decia el Centurion, (con unas expresiones no menos graciosas que marciales) aunque yo no soy mas que un mero Capitan de cien hombres de infanteria, y por consiguiente dependa de un Mariscal de Campo, y de un General; con todo eso, mando á mis soldados; les doy mis ordenes; y ellos las obedecen, á expensas muchas veces de su propia vida. Si les mando apostar en un sitio peligroso, alli se mantienen, defendiendole con sus brazos; y si por desgracia son deshechos, le ocupan entonces con todo su cuerpo. Si

los

los llevo á la rétréga, me siguen, dispuestos á morir ó vencer. Atacan á los enemigos, sin informarse de su valor, ni de su numero. Si los conduzco á una brecha, la montan con mas intrepidez que prudencia; é imaginándose que no les mando imposibles, ponen todos sus esfuerzos para hacerse señores de ella. Y asi, yo espero, Señor, que si os dignais usar de vuestro poder, al punto, y sin la molestia de pasar á mi alojamiento, volvereis la salud á mi criado; porque vos sois el Soberano de la naturaleza; las enfermedades son esclavas vuestras; respetan vuestras ordenes; y por consiguiente, asi como acometen á los hombres quando vos lo disponéis, asi tambien los dexan de molestar, quando vos lo ordenais.

Pero respecto de que yo debo este pensamiento á San Pedro Chrysologo, es necesario, que me valga de sus mismas palabras, para explicarle, sirviendome de su eloquencia, para manifestar toda su hermosura: *Ego sum homo*, (hace decir al Centurion, de quien se constituye interprete,) *tu Deus*; yo soy hombre, tú eres Dios; *sub potestate constitutus*, *tu ipse potestatum potestas*; yo dependo de otro hombre, vos sois independiente, pues sois nuestro Criador; *habens sub me milites*, *tu virtutes*; yo tengo soldados que me obedecen, vos tenéis á las virtudes, y á los milagros que os respetan; *dico huic vade*, *& vadit*, *dic infirmitati vade*, *& vadit*; yo mando al uno que vaya, y vá, vos mandais á la enfermedad que acometa á un cuerpo sano, y le acomete; yo digo al otro, que vuelva, y vuelve; decid vos á la salud, que vuelva al cuerpo de este enfermo, y volverá: *Dico alii veni*, *& venit*, *dic sanitati veni*, *& venit*. Vos á la verdad sois el Soberano del Universo; la salud respeta vuestro poder; las enfermedades de-

dependen de vos; y las curativas de los enfermos son obras de vuestras manos: *Tu enim Domine cui virtutes seruiunt, curationes parent, obtemperant sanitates.* (a)

Pues ahora, como Dios asocia los Santos á su Imperio, y dandoles asiento en su Trono, les pone el Cetro en las manos; tienen autoridad sobre estos desordenes de la naturaleza, y mandan á las enfermedades, que no respetan ni aun á los Reyes. Pero entre todos los Santos que han gozado de este poder absoluto, no hallo alguno, que le haya tenido en grado tan superior como San Francisco de Paula; porque la naturaleza, al parecer, estaba cobarde en su presencia; las enfermedades no podían defenderse de sus miradas, ni osaban estas hijas del pecado presentarse delante de su inocencia. Todo lo que tenía relacion con él, las intimidaba. Sus escritos, sus vestidos, sus palabras auentaban las dolencias, y curaban á los enfermos. De modo, que se podía decir de la humildad de Francisco, lo que San Agustin decia en otro tiempo de la pobreza de San Pedro: *Pauperem illum expavit infirmitas.* Y así como la pobreza había enriquecido á San Pedro, y le había alcanzado el don de curar á los enfermos; así la humildad había ensalzado á San Francisco, y le había conseguido el imperio sobre todas las enfermedades: *Beata plane largitas, que potenter argentum, quidem non contulit, sed contulit sanitatem. Beata largitas, que de thesauris suis aurum non protulit, sed protulit medicinam.* (b) Dichosa humildad, que no pudiendo

(a) Chrysost. Serm. 15. de Cent. (b) Aug. Serm. 2. de Apost. Petro, & Paulo.

sacar riquezas de sus tesoros, sacaba de ellos curaciones milagrosas; que no pudiendo dar oro á los pobres, daba salud á los enfermos. Mas como la muerte es el mayor de los males, sobre esta fue también mas visible el poder de nuestro Santo.

La muerte no es ya una enfermedad, sino una destruccion del hombre. No le hiere, sino le mata. No le quita la salud, sino la vida. Pero la enfermedad no es mas que una precursora de la muerte; y así, quando acomete al hombre, no le intimida por lo que ella es, sino porque juzga, que viene á preparar á la muerte su alojamiento. De la enfermedad nos defendemos muchas veces, pero jamás se halló defensa para la muerte. Su imperio, además de esto, es tan extenso, que comprehiende indiferentemente á todos los hombres. No perdona edad, condicion, ni sexo. Acomete á los Reyes, y á sus vasallos. Hace guerra á inocentes, y á culpados; y del mismo modo triunfa de los vencedores, que de los vencidos. Y así, no hay persona que no la tema, y que no se acuerde con dolor de una enemiga, que hallando armas en nuestro cuerpo, se vale de nosotros contra nosotros mismos, para destruirnos: *Sic de morte non potest non dolere mortalis.* (a) Por eso, la victoria sobre la muerte, es el mayor prodigio que hace Dios por sus Santos, y todos los demás, que obran con la virtud divina son, al parecer, unos escalones para llegar á este. Curan los enfermos; dan vista á los ciegos, y ponen en libertad á los endemoniados; pero todo esto es ensayo para llegar á otro mayor portento, que es el de la Resurreccion. Mas  
quan-

(a) Chrysost. Serm. 74.

quando los Santos han llegado al colmo de la perfeccion, manifestan el ultimo esfuerzo de su poder, resuscitando á los muertos. El mismo Jesu-Christo, segun el pensamiento de San Agustin, no dió pruebas tan convincentes de su divinidad, como quando sacó á Lazaro del sepulcro; pues volviendo á unir su alma con su cuerpo, hizo ver á todo el mundo, que era Señor de la vida, y de la muerte: *Tunc verè probatus est Deus, & plus fecit quam ausa est ipsa fides sperare.* (a)

Y en esta clase de portentos fue tambien, Señores, donde nuestro Santo manifestó su poder, enseñando á todos los que presenciaron el prodigio, que era absoluto en el estado de Jesu-Christo; pues la muerte obedecia á sus palabras. No parece sino que este humilde Santo llegó á ser el soberano de los Infernos; y que tuvo en sus manos las llaves de sus aceradas puertas, para abrirlas ó cerrarlas á su arbitrio, sacando de ellos las almas quando le agradaba, para reunir las con sus cuerpos, y poder decir como el Hijo de Dios: *Habeo claves mortis & inferni.* (b) Pero no se contentó Francisco con vencer á la muerte en otros sugetos, sino que tambien la venció en sí mismo; haciendose por este medio una de las mas perfectas imagenes de Jesu-Christo. Porque mirad: como la muerte es la destruccion del hombre, parece, que no quedando en él cosa alguna visible con facultades operativas, no puede ya obrar ó exercer operaciones; sino que antes bien, encerrado en el sepulcro, está allí como un esclavo de la que le ha deshecho. Esta, á la verdad, fue la opinion,

-11111111

y

(a) Aug. in Joann. cap. 11. (b) Apocal. cap. 1. v. 18. (c)

y esperanza de los Judios, quando llegó á su noticia, que Jesu-Christo desenclavado de la Cruz, habia sido embuelto è introducido en un sepulcro. Y asi, miraban la victoria de la muerte como triunfo suyo; y juzgaban haber vencido à un enemigo, cuyo cuerpo podian tener baxó sus pies. Mas Jesu-Christo les hizo ver la inutilidad de sus esfuerzos; la vanidad de sus esperanzas; y que con haberle privado de la vida, no le habian privado de su poder; pues defendiendo à su cuerpo de la corrupcion en el sepulcro, no quiso que la que le habia separado de la vida con la violencia de los tormentos, le reduxese à ceniza, y le hiciese padecer este ultimo ultrage: *Non dabis Sanctum tuum videre corruptionem.*

Esta gloria le era à Jesu-Christo tan particular, que hasta los mismos Apostoles no han sido honrados con ella. Estos vencedores, digo, de la muerte, han experimentado toda su violencia en sus sepulcros. Estos que con tanta frecuencia habian arrancado milagrosamente à los hombres de entre sus garras, no pudieron defenderse à sí mismos, ni contra su fuerza, ni contra su corrupcion. Ellos murieron despues de haber resuscitado à tantos muertos; (y lo que es mas) sus cuerpos, que habian sido templos del Espiritu Santo, vinieron à ser el sitio de la corrupcion, y el pasto de los gusanos. Un poco de ceniza es el resto de éstos grandes Heroes que fundaron la Iglesia; y todo su privilegio, dice San Juan Chrysostomo, consiste, en que el polvo que se saca de sus sepulcros no se agota, siendo en algun modo inmortal: *Pulverem immortalem reliquerunt in sepulchris, nunc quidem pii cultores, paulo post autem sedentes mundi iudices.* (a) Pero San Francisco de Paula.

Tom. II.

P

la,

(a) Chrys. in elogio duodecim Ap.

la , para testimonio de su pureza virginal , y para recompensa de su humildad profunda , vé à su cuerpo desde la gloria , que se conserva entero en el sepulcro ; exalando juntamente una fragancia , que manifiesta muy bien , que la corrupcion no se atrevió à insultarle , ò acometerle. Goza , al parecer , de antemano las qualidades ò dotes de la gloria ; y despues de haber vencido en tantas ocasiones à la muerte , triunfa todavia de ella en su sepulcro. ¿ No estais , Señores , persuadidos , de que San Francisco de Paula fue tan glorioso como humilde ? ¿ Que fue absoluto en el Estado de su Señor ? ¿ Que tuvo imperio sobre sus pasiones , sobre los elementos , sobre las enfermedades , y sobre la muerte ? Pues ya no me resta otra cosa , que la de satisfacer à vuestros deseos , y à mis promesas , haciendos ver brevemente , que fue Soberano hasta de los Reyes.

#### PUNTO QUARTO.

Emplee enhorabuena la eloquencia todos los artificios que la agraden , para persuadirnos , que los Reyes no son hombres ; por lo mismo nos ha de confesar , que estos mismos Reyes no tienen otro Soberano que à Dios ; y que la Ley que dan à sus vasallos , la reciben unicamente de él : *Omni homine majores , solo Deo minores*. (a) El pecado , que los privó de la gracia , no los ha despojado del poder ; y aun quando son enemigos de aquel , de quien han recibido la corona , no dexan de ser sus imagenes. De quantos crímenes cometan , no tienen otro juez que Dios ;

(a) Tertul. in Apol.

Dios ; y quando hubiesen , como David , añadido el homicidio al adulterio , pueden , como lo hizo el Rey Profeta , apelar à su Tribunal. Sin embargo , Dios les embia algunas veces Maestros , y constituye personas de sus mismos Reynos , dandoles à éstas autoridad sobre ellos. Y asi aunque Faraon era Monarca de Egypto , estaba sujeto à Moysés ; y este Profeta , quando recibió la investidura de su embajada , fue declarado , no ya Rey , sino Dios de Faraon : *Constituit Deum Pharaonis*. Y asi , desconcertó las estaciones , y los elementos para castigarle ; armó contra él à los mosquitos , y à las langostas ; sacó à las ranas de sus charcos , y les obligó à ir à insultar à aquel Principe en su mismo Palacio. Y finalmente , como si fuese el arbitro de su destino , despues de haberle maltratado en su Reyno , le sepultó con toda su armada entre las olas.

Pareceme , que veo alguna sombra de esta grandeza en la persona de San Francisco de Paula. Su humildad le habia adquirido tanto credito en toda la Europa , que los Papas , y los Príncipes de Italia le reverenciaban como à su Soberano. Recibian sus respuestas como oraculos ; respetaban sus voluntades como leyes ; y no parece sino que este humilde Religioso era el Señor de la Europa , y el Monarca de todos sus Príncipes. Y à la verdad , no era este Santo , al parecer , el Dios de Luis XI. y el arbitro de su vida y de su muerte ? Apenas ha tenido la Francia Rey alguno que se le iguale. Era verdaderamente Luis entre los Príncipes lo que Tyberio entre los Cesares. La maxima fundamental de su politica era , que no sabereynar , quien no sabe disimular. El solo componia la mejor parte de su consejo ; y ganaba mas batallas en su gabinete , que otros en la campaña. Si la historia no ha intentado de-

nigrarle con las mismas alabanzas, él fue el primero que puso à nuestros Reyes fuera de tutela, y el que hizo que su voluntad fuese la ley de todo el Reyno. Sin embargo este gran Príncipe vino à someterse à nuestro Santo. Imploró el socorro de este anciano; pidió la vida à este Heremita; y postrado à sus pies, le suplicó, y le instó como à su Dios, ò como à su Soberano. Vosotros, Señores, creereis, que las lágrimas de Luis traspasaron el corazón de Francisco. Pues no fue así; sino que este Santo conservó su grandeza en su humildad; acordóse de su embajada, mision, ò destino; y por no hacer injuria al que le habia embiado, habló al Rey con espíritu y valor; representóle que era hombre; le echó en cara que era pecador; y obrando mas como Dios que como Soberano, le intimó la sentencia de su muerte. ¿Qué os parece, Señores, de este imperio? Y al ver un poder tan absoluto, ¿no debéis confesar, que la humildad ensalza à los hombres, y que es necesario hacerse pequeño, para llegar à ser grande en el Reyno de Dios?

Pero si os agrada la gloria, abrazad la humildad. Si deseais el fin, tomad los medios que à él os conducen; y si quereis reynar con Francisco, abatíos como él. Tened presente, que el primer imperio que exerció en el mundo, fue sobre sus pasiones; que domó su colera, antes que el furor del mar; que subyugó la vanidad, antes que el orgullo de este elemento; y que no se paseó sobre carbones encendidos, sino despues de haber apagado los ardores de la carne con ayunos y viglias. Tened presente, que este humilde glorioso no fue absoluto en el mundo, hasta que lo fue en su persona; que no mandó en los Reyes de la tierra, hasta que obedeció perfecti-

síamente al Rey del Cielo. Y en fin, tened presente, que despreció la muerte, para conseguir el vencerla; que se familiarizó con ella, para salir de ella triunfante; y que si quereis tener parte en estas y otras grandezas de nuestro Santo, es necesario que imiteis sus virtudes; pues segun el sagrado Texto, para engrandecerse, es necesario humillarse; para conseguir gloria en el Cielo, es preciso abatirse mucho sobre la tierra: *Qui se humiliat, exaltabitur.*

Pero la lastima es, que todos quisieran reynar con San Francisco de Paula, y ninguno quiere imitar su humildad. Todos quisieran mandar sobre los elementos, y ninguno à sus pasiones. Todos quisieran curar las enfermedades, y ninguno corregir sus defectos. Todos quisieran ver à los Reyes postrados à sus pies, y ninguno, à imitacion de Francisco, quiere someterse à los pies de los pecadores. Renunciad, pues, à vuestro orgullo, si pretendéis la gloria de este gran Santo. Macerad vuestro cuerpo por medio de la penitencia, si deseais sujetarle al espíritu, y éste à Dios. Si quereis mandar sobre los elementos :: (ò para comprehenderlo todo en una sola palabra.) Sed humildes sobre la tierra, si quereis ser grandes en el Cielo, à donde nos conduzca Jesu-Christo, Hijo de Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo vive y reyna por todos los siglos de los siglos. Amen.